

EL ESTANQUE

*Isabel Alonso Breto*¹

Cada vez me sobrecoge la suavidad de la curva de sus hombros. Es una redondez exquisita, en completa armonía con la pálida extensión de su piel. Su piel, esa superficie impoluta, que mis ojos recorren por enésima vez. Sigo sin encontrar una peca, una cicatriz de la infancia, el más mínimo recordatorio de alguna picadura de mosquito, tan abundantes en este país. La totalidad de su carne se ofrece al ojo observador inmaculada, iluminada por el suave bronceado que ha adquirido a lo largo de años de coqueteo con este sol implacable.

Deja morir las tardes en la hamaca que cuelga de los dos melocotoneros del patio. Dormita con la audacia de un tigre, con la inocencia de un pajarillo.

Yo paso mucho tiempo espíandola a través de la mosquitera. Hay algo en la cremosidad de sus brazos.

Desde aquí puedo contemplar sin ser vista al hombre que la mira. Es alto y delgado, sus expresivas facciones la horadan en la distancia.

Se coloca detrás de la valla, construida de piedra hasta la altura del talle y entretejida con ramas en la zona superior. Elige casi siempre la esquina más alejada y se queda allí, de pie, invisible para ella, aunque no para mis ojos. Y la acecha. Como un cazador rebosante de paciencia.

La montaña de la tarde se convierte en polvo por fin y se desmorona, y llega la montaña de la noche. Entonces ella se despereza en silencio y salta de la tumbona con un balanceo ligero, que pone de manifiesto la solidez de sus extremidades. Tiene unas piernas largas y robustas, camina sobre ellas con la elasticidad de una gacela. Están rematadas por unas caderas opulentas con un ojo diminuto de vello rubio en el centro, sobre ellas la grácil cintura, los senos proporcionados. Tiene las aureolas pequeñas como labios mezquinos, casi incoloras en torno al pezón. Por efecto de la brisa nocturna, sus pezones dos astas enhiestas que caminan hacia mí.

Me retiro de la ventana y finjo estar concentrada en la preparación del arroz. Me dice, comienza a hacer fresco, sonrío y le digo que las verduras ya están troceadas, va a tomar una ducha. Oigo los preparativos: el grifo al abrirse, el calentador que emite su habitual explosión al encenderse, el agua que empieza a caer.

El hombre se ha retirado sigilosamente de su puesto de vigilancia.

Yo también tomaré una ducha antes de la cena.

¹Isabel Alonso Breto (La Puebla de Híjar, Teruel, 1967) se desempeña como crítica literaria, doctoranda en filología inglesa, escritora de viajes, profesora de literatura y traductora de inglés y francés. "El estanque" forma parte de la colección de cuentos *Ese hermoso cuento tuyo y otros cuellos*. Es también autora del poemario *Seis veces siete poemas* y de la novela *Partículas en suspensión*, ambos inéditos. En noviembre nacerá su primera hija.

¿Por qué está aquí? No encuentro razones.

No está lacerada por el tiempo, como yo. Yo he sido herida una y mil veces, mi cuerpo lo prueba. El mapa de mi piel está dibujado de cicatrices, no queda un centímetro intacto. En cambio, ella... ¿Cómo ha podido transigir con la vida sin que ningún retazo de la belleza de su piel claudicase? Mi carne se vence y exhibe secuelas de todos los momentos de amor, de todos los partos. ¿Por qué la vida no ha hecho mella en ese aspecto de princesa dócil, de mantis religiosa inconsciente de su poder?

Cenamos en un silencio apenas roto por el zumbido del ventilador. Ese rostro eternamente beatífico. ¿Qué piensa? Se lo pregunto. Ha hecho mucho calor hoy, responde. Yo quiero decirle que para mí hace calor siempre, a todas horas y en todas partes, que lo haría aún en el gélido invierno del país del que ella proviene. Quiero gritarle que la vida me fatiga, me agota. Que ha ido asesinando la tranquilidad que algún día tuve del mismo modo que va destrozando poco a poco la cobertura de piel que me envuelve. Sí, he sudado mucho, le digo, aunque yo sudo siempre. Me obsequia un gesto de complicidad. Dice: está muy bueno el arroz esta noche.

Por la noche, abro los ojos y la silueta del hombre está dibujada a la entrada del cuarto, tras la cortina. Una suave ondulación del tejido floreado y su figura siniestra se acerca hacia mí. De repente, el croar de las ranas en el estanque penetra la mosquitera de la ventana y quiebra el silencio. Un disparo cuyo eco no termina.

Me he despertado bañada en sudor. Mi respiración alterada se funde con el zumbido verde que ha consumado mi ensueño.

Hoy tampoco es día de trabajo, nos levantamos tarde las dos. Deambulamos por los cuartos con desidia, nos dejamos mecer por la pereza de entrar en el baño. Aspiro con deleite los vapores del café; exhala un vaho vagamente agrio que se mezcla con el de mis axilas. Me deleito en la sensación de humedad que provoca en mi cuerpo el retraso de la ducha.

En el otro extremo, ella apoya los codos sobre la mesa mientras juguetea en el jugo de mango con una cucharilla. Viste apenas una blusa de seda clara. Entreveo el breve triángulo claro que concluye sus piernas y me acuerdo del hombre. Echo un vistazo al jardín.

No ha llegado todavía, pero sé que no tardará.

Prepararé yo hoy el arroz, propone, y yo acepto.

No cocina bien, cuando lo ha intentado nunca ha conseguido un arroz en su punto. Es mi pequeña victoria; corrobora mi sospecha de que está construida para ser mirada y

deleitar a los ojos, pero no para el tacto, no para el placer de la carne. Ese hombre no debe traspasar nunca la valla.

Me odio cuando retomo ese pensamiento y me lo repito casi al pie de la letra, cuando pienso que ese hombre no debe traspasar nunca la valla buscándola a ella.

Sucede que hoy el arroz está en su punto.

Pero no ha añadido verduras, o curry, o paprika. Es un arroz blanco, impecable.

-- Está exquisito.

No, no lo está: no ha añadido verduras, ni curry, ni paprika.

Le pregunto por qué no lo ha hecho, y se limita a encoger los hombros y a levantarse de la silla. Se desprende de la blusa y la levisima prenda interior, toma un libro que descansa sobre el refrigerador y, de nuevo, se eleva desde el porche hasta el patio. Mientras friego los platos y la cacerola de níquel, veo al hombre en la esquina, parapetado tras la valla de piedra hasta la altura del talle. Contemplándola, esta vez, con la paz de un filósofo.

Ella lee en la hamaca, infinitamente rubia, desnuda y ausente. Mordisquea una manzana rosada. No sé de dónde ha debido de sacarla; no la había visto en el cestillo de fruta que siempre está en el aparador, siempre exultante de colores tropicales.

Sigilosamente, pese a que es mi cometido, tomo las prendas que ha lanzado sobre la silla con descuido. Siento el impulso de olfatearlas, como un animal salvaje, pero lo evita una punzada de decoro que me nace de alguna región que creía sometida. Una suerte de sentimiento virginal, de pureza o de paz que quizás hayan revivido en mi esas ropas sedosas que sostengo en las manos. Decido tomar una ducha.

Siempre me sobresalta la explosión del calentador cuando soy yo quien lo pone en funcionamiento.

Si él no se hubiera ido. Pero lo hizo. Y el pequeño no tardó mucho tiempo en hacerlo también. Es del pequeño de quien más me acuerdo.

Siempre le tuve pánico a la soledad. Hace eterna la noche.

Pero no debo atormentarme.

No debo atormentarme. Me levanto en la oscuridad y atravieso el silencio hasta su habitación.

La puerta está cerrada, en el suelo un leve trapecio de luz. Espío por las rendijas, entre los listones de madera.

Ella lee sobre la estrecha cama tumbada sobre el vientre, cubierta por una ligera sábana. Sus glúteos: dos hermosas colinas de gasa. Sus glúteos, que coronan sendos valles de sinuosidades... Vuelvo a acordarme del hombre que la mira. Pienso que me pertenece.

Por una vez no me odio, me acepto por fin cuando ese sentimiento alcanza mis heridas, lamiéndolas como una llamarada de paz, y se instala en mi útero. Me deleito en el suave vaivén de esas siete palabras: es a mí a quien debería pertenecer.